

SÍNTESIS DEL EPIPALEOLÍTICO EN EL LEVANTE Y SUR PENINSULAR. ANTECEDENTES Y ESTADO ACTUAL DE LA CUESTIÓN

Miguel Martínez Andreu

Museo Arqueológico de Cartagena (Murcia)

ENGLISH SUMMARY

An upto date revision is in order of the significance, in general terms, of the Epipalaeolithic in eastern and southern regions of the Iberian Península. Particular reference is made to the means of subsistence —fish, shellfish and small game— for reconstructing of the basic diet of these populations.

El conocimiento que el Epipaleolítico tenemos en la porción meridional de la Península Ibérica resulta todavía escaso en líneas generales. El sector levantino ha sido sin duda el que más tempranamente desplegó una amplia labor de investigación, favorecida por la concurrencia de distintos factores, entre ellos la creación del Servicio de Investigaciones Prehistóricas (S.I.P.), dependiente de la Diputación de Valencia, y la presencia de destacadas personalidades como L. Pericot, F. Jordá, D. Fletcher, M. Almagro o S. Vilaseca por citar algunos.

Entre los años 40 y 50 las primeras hipótesis del desarrollo del Epipaleolítico mediterráneo se sustentaban precisamente desde yacimientos valencianos. Los de Malladetes y La Cocina en esta Región, o el tarraconense de Sant Gregori se iban a convertir en plataformas de un debate teórico y tipológico acerca de la perduración o extinción de complicadas fases estratigráficas en las que el microlitismo y su entronque con el Paleolítico se convertirían en eje principal de discusión.

En lo que respecta al Sureste, la precocidad de la investigación, impulsada de la mano del ingeniero de minas belga L. Siret, no se vio acompañada de la fortuna, y lo que es peor, los primeros trabajos publicados por este autor,

principalmente sobre Murcia y Almería, interpretados por su descubridor bajo las corrientes de la periodización francesa en boga por aquel entonces, sirvieron más para encauzar las teorías de la influencia africana por las que apostaba H. Obermaier que para despejar las incógnitas de la sucesión estratigráfica de los propios yacimientos excavados. El amplio eco que alcanzaron las teorías de Obermaier y las imprecisiones estratigráficas de muchas de las excavaciones de Siret, se encargarían de convertir los niveles superiores de estos yacimientos en un excelente caldo de cultivo donde terminarían por proliferar todo tipo de especulaciones.

La falta de continuidad en los trabajos ya emprendidos y la ausencia total de apoyo institucional aletargaron hasta tal punto la investigación en el S.E. que muchos de aquellos sitios excavados por Siret quedaron en el olvido cuando no en la imprecisión de su localización geográfica.

Algo semejante ocurría en el Sur peninsular. En la porción oriental andaluza, primero L. Siret y luego H. Obermaier eran quienes más noticias de descubrimientos aportaban a comienzos de nuestro siglo. En 1913 H. Breuil y F. de Motos ya habían realizado los primeros avances en la Cueva de Ambrosio (VÉLEZ BLANCO), mientras que

M. Such, a partir de 1915, exploraba el conjunto de cuevas malagueñas de la Cala del Moral. Lamentablemente, por diversas circunstancias, entre ellas los constantes destrozos a que se vieron sometidos estos yacimientos, las excavaciones que más tarde se realizaron en ellos nunca pudieron contar con la posibilidad de distinguir amplias secuencias estratigráficas. Las sucesivas campañas de S. Giménez Reina en La Victoria, a comienzos de los años 40, no permitieron precisar más allá de una adscripción a lo que Martínez Santa Olalla venía denominando cultura Hispano-Mauritana. Las únicas alusiones a las imprecisas capas inferiores de éste y otros yacimientos vecinos se referían a probables pertenencias al Mesolítico o «Neolítico Viejo».

Pero sin duda el yacimiento más polémico de este grupo iba a ser el de Hoyo de la Mina, que M. Such había excavado entre 1917 y 1918. La mayor precisión descriptiva desplegada por este autor permitía entrever la existencia de varios niveles, uno superior que calificaba de Neolítico sepulcral y a continuación una sucesión de hogares y concheros, cuyo tramo superior (nivel mixto) se intercalaba entre el Neolítico y el Paleolítico. Estos tramos fueron denominados Tardenoiense y Capsiense, adecuándose a las teorías de la época, especialmente a las ya señaladas de Obermaier.

El entramado inicial de los años 30, compuesto en buena parte precisamente por Obermaier, delimitaba dos grandes zonas peninsulares: El Magdaleniense, concentrado en el Cantábrico e infiltrado en Cataluña, y el Capsiense superior, de origen africano y afincado en los sectores meridionales, siendo durante el Epipaleolítico cuando el Capsiense final se extendió de manera considerable para dar lugar a una facies ibérica.

Durante la década de los años 40 se van a producir importantes acontecimientos que van a abocar en una nueva reorientación de las tradicionales teorías del Epipaleolítico. En primer lugar el trabajo de síntesis realizado por M. Almagro en 1944 cuestionaba de hecho los estrechos vínculos con África y postulaba una perduración, especialmente en lo tocante al microlitismo magdaleniense. En segundo lugar, desde 1948 F. Jordá comienza a ensayar su sistematización del Epipaleolítico en el área levantina a partir del antiguo Gravetiense, que tras los episodios Solutrense y Magdaleniense renacía con piezas características de dorso rebajado. Las tres fases en que más tarde Jordá dividiría al Epigravetiense arrancarían coincidiendo con el inicio del Magdaleniense y perdurarían hasta el Mesolítico geométrico, que encontraba un claro exponente en el yacimiento de La Cocina.

Por fin, en 1954, el esquema Epigravetiense se hallaba totalmente perfilado, articulándose fundamentalmente a través de los yacimientos de Malladetes, Sant Gregori y Filador.

Simultáneamente y contrastando al espectacular desa-

rrrollo de la investigación que el área levantina estaba experimentando, el Sureste y Andalucía padecían por el contrario un letargo del que sólo tímidamente algunas actuaciones esporádicas parecían querer despertar. Las de J. Cuadrado, entre 1915 y 1940 en la Provincia de Murcia, aunque eran adscritas por su excavador a etapas anteriores al Epipaleolítico, nunca fueron publicadas en detalle. De hecho, con la excepción del Cejo del Pantano y Los Mortolitos, que se citaban en escuetas bibliografías como atribuibles al Solutrense, el resto apenas contaba con referencias claras, desconociéndose el paradero de muchos de aquellos materiales.

En Cueva Ambrosio, los trabajos que llevó a cabo E. Jiménez Navarro se limitaron a los niveles superficiales post-paleolíticos, mientras que en el ya citado conjunto de yacimientos malagueños, los de la Cueva del Higuero, dirigidos por M. Laza Palacio, venían a corroborar la existencia de niveles de Magdaleniense superior, pero los tramos intermedios entre el Paleolítico superior y el Neolítico seguían presentando un tránsito incierto. No obstante, Jordá atribuía con ciertas reservas al Gravetiense algunos niveles de Hoyo de la Mina, mientras que en los viejos yacimientos de Siret del área murciana, como La Paloma, Tazona, Ahumada y Tesoro, veía elementos industriales característicos del Epigravetiense avanzado. Como Epigravetienses eran también reseñadas algunas estaciones almerienses, especialmente los niveles superiores de Serrón, Cueva Hermosa y la Fuente de los Molinos.

El paso más importante en la articulación del Epipaleolítico tardaría aún algunos años en darse, y vendría a través de J. Fortea, quien en 1973 publicaba un extenso trabajo sobre el litoral mediterráneo peninsular. De gran trascendencia, la obra de Fortea pronto pasaría a convertirse en punto de referencia obligada. Su sistematización cuestionaba un tanto las hipótesis precedentes de Jordá, y lo que éste último denominaba Epigravetiense parecía resultar en opinión de Fortea una facies terminal del Magdaleniense en algunos yacimientos, quedando como una interrogante la posibilidad de que fuese precisamente el Epigravetiense el elemento que se superpusiera al Magdaleniense terminal. En síntesis, apuntaba Fortea, que tras un Magdaleniense no muy bien conocido todavía se desarrollaron en el litoral mediterráneo español lo que él denominó unas «facies aziloides», así llamadas para diferenciarlas del Aziliense cántabro-pirenaico, puesto que aún siendo ambas producto derivado del Magdaleniense final parecía evidente su dimorfismo estructural.

Tras esas facies aziloides o «complejos microlaminares», vendría un segundo momento en la evolución del Epipaleolítico con las influencias del Tardenoiense y Sauveterriense francés, sin que dejara de pesar la herencia recogida del Epipaleolítico microlaminar.

La columna vertebral de su trabajo se articulaba en

base a los yacimientos de San Gregori y Les Malladets (complejo microlaminar), mientras que el geométrico se apoyaba en El Filador y La Cocina.

Una vez más, el denominador común de la nueva sistematización iba a ser el conjunto de yacimientos valencianos y tarraconenses, ya dados a conocer tiempo atrás por Pericot, Jordá o Vilaseca, algunos de ellos excavados nuevamente. El trabajo de Fortea era además enriquecido con el análisis e interpretación de un numeroso grupo de estaciones correlacionables con uno u otro complejo repartidas a lo largo de todo el litoral peninsular. Lamentablemente, el Sureste y Andalucía volvían a ser nuevamente la asignatura pendiente, y pese a sus esfuerzos por desentrañar de aquellas viejas series líticas alguna pista esclarecedora sobre el Epipaleolítico, el diagnóstico se hacía prácticamente inviable.

En cuanto al conjunto malagueño, Fortea corroboraba esa atribución Magdaleniense que sobre todo por la industria ósea se detectaba en algunos, como Higuéron, Hoyo de la Mina y La Victoria, con lo que podía hablarse ya de un amplio ámbito geográfico que se extendía desde Gerona hasta Málaga. Las distancias que separaban a las diferentes estaciones entre sí iban poco a poco acortándose con nuevos yacimientos. Uno de ellos iba a ser el Barranco de Los Grajos (Cieza, Murcia), donde M. J. Walker realizó una campaña en 1972 con unos materiales que eran atribuidos por Fortea a un Magdaleniense superior muy avanzado. Pronto se incorporarían otros para configurar ya de forma nítida el panorama del final del Paleolítico, enlazado en muchos casos con el epipaleolítico más antiguo, microlaminar.

Algunos años después, en 1979, era J. Aparicio quien retomaba el tema, siguiendo los pasos de D. Fletcher, argumentando una propuesta en favor de la denominación de Mesolítico, que a su vez era dividido en tres etapas. La más antigua o Mesolítico I, era paralela al momento de transición y correlacionable con el Epipaleolítico microlaminar de Fortea. En el Mesolítico II se incluían aquellos yacimientos en los que el geometrismo comenzaba a desarrollarse, dejando la fase *sauveterroide* y la posterior, de componente trapezoidal, adscritas al Mesolítico III.

La propuesta de Aparicio, basada esencialmente en la presencia o ausencia de determinados fósiles directores y argumentada sobre una especie de determinismo geográfico que parecía impregnar aspectos industriales, económicos y de hábitat, retrotraía de hecho el final del Paleolítico, mostrando una excesiva preocupación en compartimentar períodos y fases en un esquema no exento de rigidez. No obstante eran apuntadas algunas cuestiones de interés paleoecológico relativas a los cambios acaecidos durante el Mesolítico en los que se adivinaba una paulatina imposición de la recolección sobre la caza.

Con todo, era el trabajo de J. Fortea el que parecía llamado a convertirse casi en doctrina para muchos prehistoriadores españoles. Su lista tipo para el Mediterráneo peninsular sigue teniendo hoy vigor pese a que los nuevos enfoques metodológicos, cada vez con más pujanza, van abriéndose paso entre las ya un tanto devaluadas tipologías clásicas.

Retomando el hilo de la cuestión, durante esa misma década de los años 70 se acometerían nuevos trabajos. Los de C. Cacho en el Sureste, siguiendo los pasos de Siret, contaban, una vez más, con las mismas limitaciones a las que otros autores con anterioridad habían tenido que enfrentarse. La Cueva Bermeja era el único yacimiento de entre aquellas viejas series en la que Cacho llevó a cabo nuevas excavaciones, pero éstas, concentradas en una sola campaña donde una buena parte del tiempo se dedicó a la limpieza general y al reavivado de la antigua zanja de Siret, apenas permitió abrir un nuevo sondeo de escasa profundidad. En síntesis, Cacho, aún admitiendo la existencia de algunas estaciones de filiación Magdaleniense, argumentaba que en la mayoría de yacimientos del S.E. se percibía una larga tradición perigordienne, y que venía determinada por la evolución común experimentada desde el Perigordienne superior, que desembocaría en la fase final del Paleolítico con el Epiperigordienne, caracterizado por alto porcentaje de hojitas y puntitas de dorso y pequeños raspadores sobre lasca o fragmento de hoja, y en algunos casos, las pequeñas puntas de muesca de tradición Perigordienne (CACHO, 1979).

Poco tiempo después, C. Cacho y P. López realizaban un estudio de los antiguos materiales procedentes de la Cueva del Higuéron que fueron depositados en los fondos del M.A.N. así como los que de ese mismo yacimiento se encontraban en Málaga. La ausencia de cualquier tipo de referencia estratigráfica no permitía más que señalar la existencia de varias fases adscribibles al Paleolítico superior, y al menos otra perteneciente a un Neolítico medio-final, sin que pudieran establecerse más precisiones.

En cuanto a la Cueva de Ambrosio (VÉLEZ BLANCO, Almería), después de que E. Ripoll excavara a comienzos de los años 60, fue M. Botella quien en 1975 realizó varios cortes, encontrando en uno de ellos varios niveles epipaleolíticos cuyos materiales, no muy abundantes, fueron publicados por A. Suárez (1981).

Contrastando con estos intentos hasta el momento sin demasiada fortuna, también en Andalucía oriental iban a incorporarse otros yacimientos, ahora con mejor suerte, que abrían nuevas pistas sobre el Epipaleolítico. Las estaciones de Nacimiento (Pontones) y Valdecuevas (Cazorla), ambas en la provincia de Jaén, dejaban constancia al menos de una base epipaleolítica geométrica sobre la que se sustentaban los primeros momentos de la neolitización, en tanto que las fases más tempranas quedaban atestiguadas

en la malagueña cueva de Nerja, en la que una facies microlaminar epipaleolítica aparecía tras un Magdaleniense superior bien documentado.

En cuanto al área valenciana, entre 1976 y 1981 Fortea excavaba de nuevo la Cueva de La Cocina, mientras que F. Gusi y C. Olaria lo hacían en los yacimientos castellonenses de Cova Fosca (Ares del Maestre) y Can Ballester (Val de Uxó).

En la provincia de Alicante, G. Iturbe apuntaba en la Cueva del Gorgori el paso de un epipaleolítico de tipo microlaminar asimilable a los niveles 3 y 4 de San Gregori, en tanto que C. Cacho comenzaba a excavar el Tossal de la Roca, también en este caso con un epipaleolítico antiguo en el nivel I enraizado con los niveles magdalenienses precedentes.

PROBLEMÁTICA REGIONAL

1. Área valenciana

Constituye el núcleo mejor conocido de todo el Epipaleolítico del Mediterráneo peninsular. A partir de yacimientos como Parpalló, Malladetes y La Cocina, se articularon las primeras sistematizaciones, y todavía hoy constituyen puntos de referencia obligada, al menos en lo que a la evolución industrial se refiere, a la hora de explicar esta etapa.

Tras las aportaciones de las dos últimas décadas, las dudas sobre la existencia de un Magdaleniense superior repartido a lo largo de todo el ámbito costero quedaban disipadas. Aquellos primeros momentos «aziloides» con que Fortea calificaba a determinadas facies industriales parecían encontrar refrendo con el paso del tiempo. El mismo autor, en trabajos posteriores, resaltaba la importancia de esta etapa en la génesis de muchas industrias epipaleolíticas.

Hoy, el Magdaleniense superior del País Valenciano aparece bien documentado en Cueva Matutano (Villafamés), Cueva de Les Cendres (Teulada), Tossal de la Roca (Vall de Alcalá), y con fuertes indicios en Volcán del Faro (Cullera). Industrialmente se caracteriza por la buena representación de raspadores y buriles, con ligero predominio de los segundos, y una continuidad del microlitismo, que ya había arrancado desde el Magdaleniense medio, con sus mejores exponentes en las laminas de borde rebajado, sobre todo, y algunos triángulos escalenos alargados. En lo óseo azagayas de sección cuadrangular o subcuadrangular, varillas, punzones, agujas y arpones.

La problemática del paso hacia el Epipaleolítico seguía, no obstante, en buena parte sin resolver. El yacimiento de Les Malladetes había aportado una datación de 10.370 ± 105 B.P., y de hecho seguía siendo considerado como

el más antiguo de la facies microlaminar, pero las constantes industriales perceptibles en su capa 8 lo perfilaban ya con unos rasgos netamente epipaleolíticos; es decir, con una inversión de la relación buril-raspador, en este caso con un claro predominio de raspadores, una presencia más moderada de laminas de borde rebajado, y un aumento importante del grupo de muescas, denticulados y truncaduras, además de la desaparición de los triángulos escalenos. La gran interrogante del tránsito seguía pues sin quedar totalmente resuelta.

El nivel IIC de Matutano parecía ser el exponente de ese umbral en el que la industria lítica acusaba ya el ascenso de los raspadores mientras que la ósea seguía representada por los arpones. La cuestión cronológica era la que no obstante seguía planteando algunas dudas. Los siguientes niveles IIB y IIA ya no ofrecían arpones y desde el punto de vista tipológico eran adscribibles a los primeros momentos del epipaleolítico microlaminar. Las dataciones de 12.390 ± 190 B.P. para el IIB, y 12.090 ± 170 B.P. para el IB, fase todavía más reciente del epipaleolítico microlaminar, no dejaban de sorprender, pues aceptarlas, como señalaban J. Casabó y M. L. Rovira (1988), nos llevaría a cuestionar seriamente las bases tipológicas en las que se fundamenta el paso Magdaleniense-Epipaleolítico e implicaría admitir como Magdaleniense final las industrias con predominio amplio de raspadores sobre buriles, que hasta el momento se venían situando en el Holoceno. Según los mismos autores, las nuevas dataciones obtenidas en otro sondeo parecen confirmar una cierta contaminación en las ya indicadas, a las que habría que rejuvenecer en aproximadamente un milenio, representando en cualquier caso uno de los momentos más tempranos para la aparición del Epipaleolítico microlaminar.

Dentro también de la Provincia de Castellón hay que reseñar el conjunto de yacimientos estudiados por Casabó y Rovira (1981, 1983, 1988) en la comarca de Val de Uxó.

Con mayor imprecisión, a causa de su posición derivada, hay que situar el yacimiento valenciano de El Prat (Liria) (V. VILLAVÉRDE-B. MARTÍ, 1983), en el que parece intuirse también una etapa de tránsito entre el Magdaleniense superior y el Epipaleolítico.

Pero es sin duda el Tossal de la Roca (CACHO, 1982, 1986), al norte de la Provincia de Alicante, donde junto con el ya mencionado de Matutano, puede vislumbrarse mejor ese momento de enlace. La datación de su nivel IV, correspondiente al Magdaleniense superior, constituye un ruido parásito dentro de la sintonía que otros conjuntos cronoestratigráficos de su entorno vienen ofreciendo. De hecho, en un reciente trabajo se admite el amplio margen de error estadístico para la muestra, que C. Cacho (1989) estima podría situarse en torno a 13.000 B.P. Con todo, lo que más llama la atención y en lo que algunos autores más han hecho hincapié (VILLAVÉRDE, 1988), (AURA, 1986),

(CASABÓ-ROVIRA, 1986), es en los rasgos industriales de sus capas superiores, matizadas por Cacho como Magdaleniense final con una datación de 12.480 + -210 B.P., y que sin embargo acogen una representación lítica mucho más en consonancia con el Epipaleolítico microlaminar: aumento del grupo de raspadores, caída importante de los buriles, notable presencia de utillaje microlaminar y práctica ausencia de industria ósea, lo que nos hace reflexionar, dejando a un lado la cuestión radiométrica, acerca de la progresiva y a veces imperceptible transformación que se detecta a partir del Magdaleniense superior, solapada en muchas ocasiones con el Epipaleolítico sin solución de continuidad.

Ya pertenecientes a momentos más avanzados del Epipaleolítico nos encontramos con algunos yacimientos, como los de la Cueva dels Blaus (CASABÓ-ROVIRA, 1988), o Can Ballester (GUSI-OLARIA, 1979), en Castellón, y los conjuntos recogidos por Fortea dentro de su complejo microlaminar, además del ya reseñado de Malladetes, en la comarca de Gandía: Rates Penades, Barranc Blanc y Maravelles, junto a los alicantinos de la Cueva del Empardo, Pinar de Tarruella, Ferreginal de la Font Major y la Cueva del Gorgori (ITURBE, 1982).

El desarrollo del geometrismo, ya en una fase posterior del Epipaleolítico, supone una especie de ruptura con respecto a las industrias microlaminares, apreciándose claramente no sólo la proliferación de microlitos geométricos, sino también la introducción de una nueva técnica, la del microburil, para su obtención.

En el área valenciana es en los niveles de la Cueva de La Cocina donde mejor se aprecia la evolución de la secuencia hasta la aparición de las primeras cerámicas del Neolítico. La fase I de este yacimiento, que Fortea hacía paralela al nivel 2 del yacimiento bajo aragonés de Botiquería, fechado en 7.550 + -200 B.P., se caracterizaba en lo tipológico por el dominio de los trapecios de lados cóncavos, además de algunos triángulos escalenos alargados o con el lado cóncavo, y un abundante grupo de muescas y denticulados, estando presentes los microburiles como testimonio del desarrollo de esta técnica de fabricación.

Cocina II representaba el momento de tránsito entre la fase anterior y la penetración de la cerámica cardial en los ambientes de tradición cultural epipaleolítica (FORTEA, 1984), caracterizada en lo lítico por un componente triangular variado que restaba protagonismo a los trapecios y que tenía su mejor exponente en el denominado triángulo tipo Cocina.

En la tercera fase eran los segmentos y las medias lunas, junto con las laminitas apuntadas, los elementos innovadores. Las cerámicas, sobre todo incisas y algunas cardiales, eran, en palabras de Fortea, de las gentes que asisten al fenómeno de la neolitización desde la periferia, «son sus hogares marginales que viven en un estado eco-

nómico poco neolítico, pues prácticamente no aportan evidencias de cultivo y sólo poseen algunas cabras, ovejas y cerdos, frente a un ambiente faunístico procedente de la caza». (1984: 45).

Los yacimientos que se señalaban paralelizables en uno u otro momento de la evolución de Cocina eran Covacha de Llatas, la Cueva Pequeña de la Huesa Tacaña, Cueva del Lagrimal, Arenal de la Virgen y Casa de Lara. A esta lista habría que añadir los del Estany Gran de Almenara y la Albufera de Anna (Aparicio, 1979).

Un caso más problemático en lo que respecta a la cronología es el de Cova Fosca (OLARIA, GUSI, 1981), (OLARIA, 1983), donde se individualizaron seis niveles estratigráficos agrupados en tres fases. Las capas más antiguas, en opinión de J. Casabó y M. L. Rovira, contaban para la zona de contacto entre los niveles III y II con unas dataciones de 8.880 + -200 B.P. y 9.460 + -160 B.P., parecían mostrar una coherencia industrial dentro de lo que en términos tipológicos viene conociéndose como Epipaleolítico microlaminar, pero la cuestión más controvertida radicaba, según los mismos autores, en la capa IB, donde se apreciaba también una perduración final de lo microlaminar con algunos rasgos evolucionados que incorporaban algún elemento geométrico aislado, sin que pudiera hablarse, como Olaria planteaba, de una temprana neolitización. La aparición de geométricos, algunos con retoque en doble bisel, así como cerámicas, eran, en opinión de Casabó (1988: 98) más bien consecuencia de una contaminación neolítica reciente o Eneolítica sobre un sustrato epipaleolítico microlaminar, que el resultado de una neolitización arcaica.

Esta interpretación difería sustancialmente de la mantenida por algunos excavadores. Olaria, en varios trabajos, planteaba la dualidad de posturas; modelos, para ser más exactos, que podían darse a la hora de explicar los inicios del Neolítico en la Región Valenciana: uno era Cova de L'Or, exponente de una neolitización plena en la que las influencias externas habrían tenido su propio peso específico, y que abarcarían todo el V milenio. El otro vendría caracterizado por Cova Fosca, que con una datación de 7.640 + -110 B.P. demostraba la existencia de una evolución progresiva a partir del sustrato epipaleolítico sin influencias externas notables, pero con lazos de unión semejantes a otros grupos neolíticos peninsulares, concretando el caso de Andalucía, que permitían hablar de un origen diferenciado para el Neolítico. Si Cova de L'Or indicaba una situación de plena economía de producción, Cova Fosca representaba un horizonte preparatorio de tal eclosión.

Partiendo de esta hipótesis, serían aquellos grupos epipaleolíticos los que con su propia económica de subsistencia habrían sido capaces de alcanzar un primer estadio de producción de alimentos. Las cerámicas, en opinión de Olaria, y más concretamente las técnicas decorativas de

éstas, debían interpretarse como hechos singulares propios de una facies. La datación de Cova Fosca —continuaba— vendría a poner de relieve el lento proceso que desde el final del Paleolítico se estaba gestando, y que se desarrollaría a lo largo del Epipaleolítico en una especie de estadio de «protodomesticación» no exento de cierto sedentarismo al que algunos de estos grupos, afincados en territorios en condiciones óptimas, habrían llegado. Otros, por el contrario, —y ello explicaría algunas perduraciones epipaleolíticas— mantendrían las viejas tradiciones en momentos sincrónicos, lo que también daría respuesta a esas discrepancias de cultura material.

Evidentemente, el estado actual de la cuestión deja muchos puntos oscuros por resolver, y Cova Fosca parece uno de ellos. Será pues necesario esperar nuevos datos para comprender ese complicado proceso de neolitización del que Fosca, por hoy, constituye uno de esos pocos casos singulares dentro del contexto cronoestratigráfico del final del Epipaleolítico.

2. Sureste y Andalucía Oriental

Ya vimos al tratar la historia de la investigación la enorme dificultad que existía para establecer, siquiera de manera somera, una articulación del Epipaleolítico en estas regiones. La información suministrada en la última década hace albergar grandes esperanzas para un futuro que, estamos convencidos, ha de ser próximo. Pero también pone de relieve muchas deficiencias en el abordaje de esta tarea, que se salda con un balance escueto de actuaciones en muchos casos sin continuidad, dentro de un área geográfica que no dudáramos en calificar de clave para sentar las bases de comprensión del Epipaleolítico mediterráneo.

El final del Paleolítico, como etapa de arranque, era hasta hace pocos años casi desconocida si excluimos los antiguos hallazgos de L. Siret, y el Magdaleniense superior, aunque J. Fortea lo había señalado en un momento ya avanzado y sin industria ósea en el yacimiento murciano del Barranco de los Grajos, no terminaba de perfilarse con nitidez. La ausencia de otras referencias dejaba al Sureste descolgado entre dos núcleos, el valenciano y el malagueño, que contaban con suficientes testimonios del paso de esa etapa.

Esta situación iba a cambiar con el hallazgo de una industria ósea entre la que se encontraron tres fragmentos de arpones evolucionados durante la excavación de las capas revueltas que se encontraban justo a la entrada de la Cueva de los Mejillones (G^a DEL TORO, 1986). La ausencia de estratigrafía en ese sector impedía cualquier tipo de seriación, pero los hallazgos no dejaban lugar a dudas y su adscripción tipológica resultaba incuestionable.

Poco tiempo después, el repertorio de yacimientos atribuibles al Magdaleniense final se incrementaba con nuevos hallazgos. Las excavaciones de la Cueva del Caballo y la del Algarrobo (Martínez Andreu, 1989), situadas también en el arco montañoso del litoral murciano, ponían de relieve una industria lítica similar a la ya descrita en otros puntos. La datación del subnivel II del Caballo en 10.780 + -370 B.P. marcaba un momento final de la evolución magdaleniense con una industria ósea que aunque más bien escasa y sin arpones era elocuente y convergente con lo ya apreciado en lo lítico. La ausencia de momentos posteriores en la secuencia impedía detectar la evolución seguida a partir de ese momento; no obstante, en la cercana Cueva del Algarrobo sí se distinguía una interesante evolución en sus niveles superiores. El tramo final denotaba una evolución sin rupturas estratigráficas aparentes en la que se asistía a un cuantitativo cambio de papeles en el instrumental lítico: aumento de la proporción de raspadores, descenso significativo del retoque abrupto, en particular del grupo de laminas de borde rebajado acompañado del de buriles, pérdida absoluta de entidad de los triángulos escalenos alargados y aparición, en el nivel I, de un pequeño triángulo isósceles, todo ello paralelo al incremento de piezas truncadas y del índice de sustrato.

Una evolución parecida se podía observar también en la malagueña Cueva de Nerja tras los trabajos dirigidos por F. Jordá a comienzos de los años 80, donde un Magdaleniense superior bien documentado venía a sumarse al ya conocido núcleo de la Cala del Moral. El estudio de las capas que conforman esta secuencia en la Sala de la Mina (E. AURA, 1986), venía a ratificar muchas de las líneas generales seguidas en los registros industriales de este período, asociada con una no muy nutrida representación ósea en el caso concreto de esta sala (algunos arpones se habían recogido en la denominada del Vestíbulo), pero suficientemente expresiva, y lo que a nuestro juicio resultaba tanto o más interesante: una destacada contribución paleoecológica para los momentos finales del Pleistoceno e inicios del Holoceno en el entorno de ese yacimiento (E. AURA, J. F. JORDÁ, M. J. RODRIGO, 1989).

Así pues, aunque con una menos nutrida representación de secuencias, el Paleolítico superior final del S.E. y Andalucía oriental, con unos matices regionales también particulares probablemente más debidos a la interacción con el medio físico que a diferencias morfofónicas, se presenta en líneas generales con un desarrollo industrial aparentemente uniforme y en un marco temporal sincrónico en todo el arco mediterráneo peninsular.

Pero si la evolución del Magdaleniense superior y su conexión con los primeros momentos epipaleolíticos es posible rastrearla en estos puntos, no puede decirse lo mismo en lo que respecta al desarrollo del geometrismo. Es cierto que las estaciones de Valdecuevas (SARRIÓN, 1980),

y Nacimiento (M. D. ASQUERINO-P. LÓPEZ, 1981), enclavadas en el núcleo serrano de Cazorla y Segura, atestiguan una perduración de las tradiciones epipaleolíticas, sobre todo la primera. Pero en ellas se intuye un carácter retardatario inmerso ya en la neolitización.

Por lo demás, los datos que conocemos corresponden a excavaciones reducidas en el mejor de los casos, cuando no de sondeos. Las series estudiadas por nosotros (MARTÍNEZ ANDREU, 1983) en la porción septentrional de la Región de Murcia sólo permitían apuntar algunos esbozos dentro de ese contexto generalizado de informaciones fragmentarias. La variopinta representación de la Cueva del Buho, pese a la descontrolada procedencia de muchos de sus materiales, recuperados en distintas zonas del abrigo, dejaba translucir algunos testimonios del paso de una fase geométrica relativamente antigua representada por trapecios, en su mayor parte con la base pequeña retocada y lados con retoque abrupto.

En lo que respecta al Barranco de los Grajos, las excavaciones de Walker en 1972 tampoco permitían articular una secuencia estratigráfica válida. Su escaso sedimento y la convivencia en él de elementos de cronología un tanto dispar, no aclaraban demasiado las cosas, salvo el testimonio de una industria lítica poco numerosa que más tarde J. Fordea (1973) relacionaba con una etapa probablemente magdaleniense final, sin industria ósea, y algunos fragmentos de cerámicas lisas junto a una más que discreta representación cardial.

ESTADO DE LA CUESTIÓN. CONCLUSIONES

De todo lo hasta ahora expuesto se desprende que aunque los primeros momentos del Epipaleolítico no están exentos de peculiaridades regionales, su entronque, en ocasiones en íntima asociación con las frases paleolíticas precedentes no deja lugar a dudas.

Descartado el paralelismo de aquel Epigravetiense como fase heredera de viejas tradiciones que llegó a convivir con los últimos momentos magdalenienses, en la actualidad se observa con claridad cómo las evidencias de ésta última etapa están repartidas en todo el ámbito mediterráneo peninsular.

El microlitismo, frecuentemente asociado al Epipaleolítico como consecuencia de hipotéticas crisis que discurren paralelas a importantes cambios climáticos en el comienzo del Holoceno, aparece hoy como el resultado de largas experimentaciones técnicas en las que más que una crisis de las sociedades finipaleolíticas es preciso interpretar como consecuencia de unos progresos tecnológicos en los que el aprovechamiento de la materia prima se adapta a nuevas exigencias, entre ellas los útiles compuestos. Estos planteamientos generales, válidos para esbozar las grandes

líneas maestras de lo que industrialmente entendemos por Epipaleolítico, precisa ciertas matizaciones. Y ello en razón de la necesidad de enmarcarlo dentro de un contexto socio-económico y medio ambiental que de respuestas a las muchas interrogantes que seguimos planteándonos.

El corto pero intenso tiempo que ocupa dentro de la Prehistoria, y su carácter de tránsito entre dos modelos económicos, el cazador-recolector y el productor, es sin duda la causa de muchos problemas que se suscitan a la hora de interpretar las distintas facies que se detectan en ese tiempo. Es por tanto en este período de adaptación donde culminarán muchas de aquellas experimentaciones y donde también el desarrollo demográfico alcanzará un protagonismo cada vez más destacado. Tal vez aquí, como en ningún otro período de la Prehistoria, sea necesario afinar con las claves que generan respuestas tan distintas; desvelar, en suma, el papel jugado por cada asentamiento y el mayor o menor grado de sedentarización de los respectivos grupos para comprender los fenómenos de origen cultural dados por respuesta.

En este camino ya no basta la descripción morfotécnica para validar las secuencias estratigráficas. El conocimiento del medio ambiente y su incidencia en el desarrollo de las estrategias de subsistencia se vuelven ahora determinantes, y en este sentido la evaluación geográfica donde se desarrollan los procesos constituye una inestimable ayuda. El área que aquí hemos tratado cumple, dentro de la compleja parcelación del mundo mediterráneo peninsular, su papel de transición entre Europa y África, y aunque como señala M. Dupré (1988), los datos disponibles no permiten realizar planteamientos más que en zonas muy puntuales, hay un rasgo significativo que confiere una unidad al Mediterráneo: la influencia reguladora que ejerce, capaz de atemperar sin duda los rigores de las pulsaciones más frías del Pleistoceno superior.

Dentro de este marco general habría que situar a cada uno de los dominios climáticos que en razón de los rasgos de continentalidad en unos casos, del factor altitud, o litorales en otros, matizan las diferentes sub-regiones.

Con el comienzo del Holoceno las condiciones climáticas tenderían a suavizarse registrándose al mismo tiempo un aumento generalizado de las temperaturas. Sin embargo, y aunque los datos resultan fragmentarios, no parece que las razones climáticas fueran causa y origen —no las únicas al menos— de las numerosas transformaciones y de los cambios de estrategias que comienzan a registrarse ya desde el final del Paleolítico.

Tal vez un progresivo agotamiento del ecosistema, al que contribuirían unas condiciones climáticas un tanto adversas, impidió seguir con un uso del territorio de manera seriada, imponiendo un modelo de concentración; o quizá un crecimiento demográfico no controlado pudo traer consigo reajustes sociales, una dificultad en la movilidad y

una necesaria explotación de los recursos también más concentrada. Incluso, dentro de las hipótesis, cabría pensar que una larga experimentación tecnológica y una especialización pudo ser suficiente para imponer paulatinamente una mayor sedentarización, que lógicamente requeriría un aprovechamiento más variado y exhaustivo del territorio.

Sea cual fuese la causa (o causas combinadas), lo cierto es que los datos aportados por el registro arqueológico indican al final del Paleolítico la existencia de un modelo económico fundamentado en la caza y la recolección, pero demostrando una explotación más diversificada del medio ambiente con estrategias también amplias en las que el mar empieza a desempeñar un importante papel entre las poblaciones costeras.

Algunos de los ejemplos a que nos hemos venido refiriendo sirven para ilustrar estos aspectos. Tal es el caso de la Cueva de Nerja, en la costa malagueña, en cuyos niveles magdalenienses y epipaleolíticos (F. JORDÁ, 1986), (J. E. AURA, J. F. JORDÁ, M. J. RODRIGO, 1989), a la actividad recolectora de moluscos se suma la no menos importante de la pesca, con abundantes restos de fauna ictiológica, que supera al menos en número a los mamíferos mejor representados; conejo, cabra y ciervo además de la avifauna, y que en palabras de sus excavadores resulta, desde luego, una asociación faunística original para estas fechas y latitudes.

Algo parecido, aunque en menor escala, se aprecia también en otros yacimientos de la costa de Murcia, como la Cueva del Caballo, donde en niveles del Magdaleniense final se han recogido más de 30 especies de moluscos y gasterópodos, además de algunos restos de peces.

Otro de los elementos de cierta importancia económica es sin duda el de la captura de lagomorfos. No exento de cierta controversia en lo que a su presencia en los registros arqueológicos se refiere, hoy disponemos de suficientes datos para afirmar que conejos y liebres fueron objeto de una predación por parte del hombre. También sabemos que esa presión cinegética no se ejerció por igual a lo largo del Paleolítico, con escasa o nula presencia hasta los inicios del Paleolítico superior y particularmente abundantes a partir de la fase media y sobre todo final de este período.

En parecidas circunstancias habría que situar a los gasterópodos terrestres, que si bien no pueden considerarse como un recurso sustitutivo de la caza, su consumo en muchos yacimientos viene a demostrar una vez más ese carácter diversificado de la explotación del entorno. Basta recordar algunos ejemplos para darnos cuenta de ello; des-

de mamíferos de medio y gran tamaño hasta otros pequeños, como el conejo, pasando por la aves, los peces, moluscos, crustáceos y caracoles, sin olvidar los vegetales. Una variedad para mantener una estabilidad que probablemente estaba llamada a convertirse en preludio de un estilo de vida sedentario.

Las extrapolaciones de este modelo, que es conocido en algunas zonas costeras del Sureste (cuevas del Caballo, Algarrobo y Mejillones) y Andalucía (Nerja), no resultarían sin embargo absolutamente válidas para otros puntos de la misma cuenca del Mediterráneo peninsular. Los casos de Cueva Matutano o Tossal de la Roca, con biotopos distintos y a medio camino entre las zonas litorales y las áreas serranas interiores, han de reflejar, necesariamente, una explotación acorde con su propio medio ambiente, y matizada por lo tanto respecto de los entornos anteriormente descritos.

La continuidad de las primeras fases epipaleolíticas no ofrecerán cambios importantes en lo que al modelo económico respecta. Sólo a nivel tipológico podemos detectar algunas variaciones en la composición de las industrias, que por lo demás no difieren sustancialmente. Será ya en un momento avanzado y coincidiendo con la implantación generalizada del uso de la cerámica cuando la tradición epipaleolítica comience a diluirse, dando paso a un modo de vida más sedentario en el que paulatinamente se incorporarán algunos animales domésticos, fenómeno que no oculta sin embargo la larga herencia recogida y gestada desde el final del Paleolítico, como tampoco excluye ciertas influencias extremas, a las que sin querer restar protagonismo, nos parece que han de ser valoradas de un modo más ponderado. Tal vez desde esta óptica de autoctonía por la que abogamos puedan explicarse mejor algunos ejemplos, como el ya señalado de Cova Fosca, o el tarraconense de El Filador, yacimiento éste en cuyas excavaciones más recientes (J. M. FULLOLA, P. G^a ARGÜELLES, A. CEBRIA, 1987), (G^a Argüelles et. al. —en prensa—) no se descarta una economía productora junto a unos elementos de cultura material tradicionalmente considerados epipaleolíticos.

Nuestro conocimiento de lo que se ha convenido en llamar Epipaleolítico dista mucho de permitirnos estructurar una secuencia espacial y temporalmente homologable, lo que por otra parte sería harto difícil si admitimos la variabilidad cultural y el papel activo de los individuos dentro de la trama social.

BIBLIOGRAFÍA

- APARICIO, J., 1989: *El Mesolítico en Valencia y en el Mediterráneo Occidental*. Trabajos varios del S.I.P. nº 59. Valencia.
- (1982): Neolitización y el Neolítico en Valencia (España). *Actes du Colloque Internat. de Préhistoire*. Montpellier 1981, pp. 81-96.
- ASQUERINO, M. D.; LÓPEZ, P., 1981: La Cueva del Nacimiento (Pontones). Un yacimiento neolítico en la Sierra de Segura. *Trabajos de Prehistoria* 38, pp. 107-148. Madrid.
- AURA, E., 1988: *La Cova del Parpalló y el Magdaleniense mediterráneo o de facies ibérica*. Tesis Doctoral. Universidad de Valencia.
- AURA, E.; JORDÁ, J.; RODRIGO, M. J., 1989: Variaciones en la línea de costa y su impacto en la explotación de los recursos marinos en el límite Pleistoceno-Holoceno: el ejemplo de la Cueva de Nerja. (Málaga). *Reunión de la AEQUA*.
- CACHO, C., 1981: *El Paleolítico superior en el Sureste de la Península Ibérica*. Tesis Doctoral. Editorial Universidad Complutense. Serv. Reprografía. Madrid.
- CACHO, C. et alii, 1986: Contribution du Tossal de la Roca (Alicante) a la chronostratigraphie du Paléolithique supérieur final dans la Région de Valence (Espagne). *Colloque Internat. Siena*. Nov. 1983.
- CACHO, C., 1989: Structuration du Magdalénien dans l'Espagne méditerranéenne. *Actes du Colloque. Mayence. L'Eraul*. Liège.
- CASABÓ, J.; ROVIRA, M. L., 1988: El Paleolítico superior y Epipaleolítico microlaminar en Castellón. Estado actual de la cuestión. *Saguntum* 21, pp. 47-107. Valencia.
- DUPRÉ, M., 1988: *Palinología y Paleoambiente. Nuevos datos españoles. Referencias*. Trabajos Varios del S.I.P. nº 84. Valencia.
- FORTEA, J., 1971: *La Cueva de La Cocina*. Ensayo de cronología del Epipaleolítico (Facies Geométrica). Valencia.
- 1973: *Los complejos microlaminares y geométricos del epipaleolítico mediterráneo español*. Universidad de Salamanca.
- 1983: El Paleolítico y Epipaleolítico en la región central del Mediterráneo peninsular. Estado de la cuestión industrial. *Arqueología del País Valenciano*, pp. 31-51. Alicante.
- FORTEA, J.; MARTÍ, B., 1987: Consideraciones sobre los inicios del Neolítico en el Mediterráneo español. *Zephyrus* XXXVII, pp. 179-211. Salamanca.
- FORTEA, J. et alii, 1983: Schéma paléoclimatique, faunique et chronostratigraphique des industries à bord abattu de la région méditerranéenne espagnole. *Rivista di Scienze Preistoriche*. Vol. XXXVII. fasc. 1-2.
- FORTEA, J.; JORDÁ, F., 1976: La Cueva de Les Mallaetes y los problemas del Paleolítico superior mediterráneo español. *Zephyrus* XXVI-XXVII. Salamanca.
- FULLOLA, J. M., 1979: *Las industrias líticas del Paleolítico superior ibérico*. Trabajos Varios del S.I.P. nº 60. Valencia.
- GARCÍA-ARGÜELLES, P. et alii. (En prensa): Síntesis de los primeros resultados del programa sobre Epipaleolítico en la Cataluña central y meridional. *Actas Aragón-Litoral Mediterráneo*. Zaragoza.
- GARCÍA DEL TORO, J., 1985: La Cueva de Los Mejillones: nueva estación del Magdaleniense mediterráneo español con industria ósea. *Anales de Prehistoria y Arqueología*. Univ. de Murcia.
- GIMÉNEZ, S.; LAZA, M., 1962: Informe de las excavaciones de la Cueva del Higuero o del Suizo. *Noticario Arq. Hispánico*, pp. 60-67. Madrid.
- GUSI, F.; OLARIA, C., 1979: El yacimiento prehistórico de Can Ballester (Vall d'Uxó, Castellón). *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses* nº 6, pp. 39-36. Castellón.
- ITURBE, G., 1982: La Cova del Gorgori (L'Orxa). *Helike* 1, pp. 88-116. Elche.
- JORDÁ, F., 1954: Gravetiense y Epigravetiense en la España mediterránea. *Caesaraugusta* IV, pp. 7-30. Zaragoza.
- 1958: *Avance al estudio de la Cueva de la Lloseta*. Diputación de Oviedo.
- LÓPEZ, P.; CACHO, C., 1979: La Cueva del Higuero (Málaga): estudio de sus materiales. *Trabajos de Prehistoria* 36, pp. 11-81. Madrid.
- MARTÍ, B., 1983: Cova de L'Or (Beniarrés, Alicante). Memoria de las campañas de excavación 1975-1979. *NOTICARIO Arq. Hispánico* nº 16, pp. 9-55. Madrid.
- 1985: Los estudios sobre el Neolítico en el País Valenciano y áreas próximas: historia de la investigación, estado actual de los problemas y perspectivas. *Arqueología del País Valenciano. Jornadas de Arqueología 1983*. Univ. de Alicante.
- MARTÍ, B.; HERNÁNDEZ, M. S., 1988: *El Neolític Valencià. Art. rupestre i cultura material*. S.I.P. en Valencia.
- MARTÍNEZ ANDREU, M., 1983: Aproximación al estudio del Epipaleolítico en la Región de Murcia. *XVI Congreso Nacional de Arqueología*. Murcia-Cartagena. 1982. Zaragoza.

- MARTÍNEZ ANDREU, M., 1989: *El Magdaleniense superior en la costa de Murcia*. Editora Regional. Murcia.
- MONTES, R., 1985: Excavaciones en Cueva Pernerías (Murcia). *Noticiario Arq. Hispánico* nº 23, pp. 9-59. Madrid.
- NAVARRETE, S., 1976: La cultura de las cuevas con cerámica decorada en Andalucía oriental.
- OBERMAIER, H., 1925: *El hombre fósil*. Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas. Memoria nº 9. (2ª ed.) Madrid.
- OLARIA, C., 1980: El consumo alimentario de los grupos humanos meso-neolíticos en Cova Fosca (Ares del Maestrat, Castellón). *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses* nº 7, pp. 89-98. Castellón.
- OLARIA, C. et alii, 1981: El yacimiento magdaleniense superior de Cova Matutano (Villafamés, Castellón). Estudio del sondeo estratigráfico 1979. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses* nº 8.
- OLARIA, C., 1989: Estado del conocimiento y problemática del Neolítico en el País Valenciano. XIX Congreso Nacional de Arqueología. Castellón 1987. Zaragoza.
- PELLICER, M.; ACOSTA, P., 1982: El Neolítico antiguo en Andalucía occidental, en *Le Néolithique ancien méditerranéen. Archéologie en Languedoc*. Nº espec. Montpellier, pp. 49-60.
- PERICOT, L., 1942: *La Cueva del Parpalló* (Gandía). C.S.I.C. Instituto Diego Velázquez. Excavaciones del S.I.P. Valencia. Madrid.
- 1945: La Cueva de La Cocina (Dos Aguas). *Archivo de Prehistoria Levantina*. II, pp. 39-71. Valencia.
- 1955: El Paleolítico y Epipaleolítico en España. *IV Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas*. Madrid 1954. Zaragoza.
- RIPOLL, E., 1962: Excavaciones en Cueva Ambrosio (Vélez Blanco, Almería). Campañas 1958-1960. *Ampurias* XXII-XXIII, pp. 31-44. Barcelona.
- SARRION, I., 1980: Valdecuevas, estación mesoneolítica en la Sierra de Cazorla. *Saguntum* 15, pp. 23-56. Valencia.
- SIRET, L., 1893: L'Espagne Préhistorique. *Revue des Questions Scientifiques*, pp. 41-70. Bruxelles.
- 1931: Clasificación del Paleolítico en el Sud-Est de España. XV Congrès Internat. d'Antropologie et d'Archéologie Préhistorique, pp. 287-295. Portugal 1930. Paris.
- SOLER, J. M., 1969: La Cueva Pequeña de la Huesa Tacaña y el Mesolítico Villenense. *Zepirus* XIX-XX, pp. 34-55. Salamanca.
- SUÁREZ, A., 1981: Cueva de Ambrosio (Vélez-Blanco, Almería). Nuevas aportaciones al estudio del Epipaleolítico del Sureste peninsular. *Arqueología y Paleoecología Humana* nº 2, pp. 43-53. Granada.
- VILLAVARDE, V., 1981: El Magdaleniense de la Cueva de Les Cendres (Teulada, Alicante) y su aportación al conocimiento del Magdaleniense mediterráneo peninsular. *Saguntum* 16, pp. 9-35. Valencia.
- VILLAVARDE, V.; MARTÍ, B., 1983: El yacimiento de superficie de El Prat (Liria, Valencia). *Saitabi* XXXII, pp. 9-21. Valencia.
- 1984: *Paleolític i Epipaleolític. Les societats caçadores de la Prehistoria valenciana*. S.I.P. Valencia.
- WALKER, M. J., 1977: The persistence of upper Palaeolithic tool-kits into early South-East Spanish Neolithic. *Australian Institute of Aboriginal Studies*, pp. 354-379. Canberra.